

HACER FAENA Y HACER FIESTA. Formas de apropiación étnica del espacio escolar en la Sierra Otomí.

José Luis Ramos Ramírez

Doctor en Antropología. Profesor investigador
de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
xozeluiszr@gmail.com

Mónica Islas Flores

Licenciada en Etnología
Diseño curricular en Dirección General
de Educación Indígena, SEP. México.
islasfloresm@yahoo.com.mx

Resumen

La faena y la fiesta, ambas formas organizativas de la estructura y vida comunitaria de los otomíes de la Sierra Oriental hidalguense, operan estratégicamente para generar una apropiación étnica de la escuela de educación indígena. Con ello, los otomíes acceden a un control cultural que permita mantener el equilibrio comunitario entre la escuela y la comunidad en el territorio étnico. Mostramos cómo a través de complejos mecanismos de apropiación cultural se exhiben las realidades escolares en las que desarrolla la educación escolarizada en un contexto indígena.

Conceptos clave

Familia, escuela indígena, territorio, apropiación étnica, control cultural.

Introducción

El presente trabajo es resultado de una trayectoria etnográfica llevada a cabo en la comunidad otomí de Xuchitlán¹ ubicada en la Sierra Madre Oriental² en el estado de Hidalgo, México. A través de dicha trayectoria, logramos identificar las relaciones que se establecen entre las formas de organización comunitaria, la familia, los niños y la escuela primaria de educación indígena.

En los contextos indígenas mexicanos las entidades escuela, comunidad y familia exponen relaciones multidimensionales en tanto la escuela de educación indígena se rige por mecanismos reglamentarios dispuestos por el Sistema Educativo Nacional. Sin embargo, no ofrecemos mostrar una visión devastadora de la escuela con relación a las prácticas y ritmos comunitarios étnicos, sino por el contrario mostrar mecanismos de apropiación cultural desde la dimensión indígena que hacen de la escuela un espacio cargado de simbolismos y a los sujetos familia y niños indígenas como actores sociales dinámicos que conducen estratégicamente un control cultural tanto del espacio escolar como de las actividades establecidas en el aula escolar.

¹ El vocablo Xuchitlán proviene de la lengua náhuatl *Xochitl* (Flor) y *tlán* (sufijo locativo), etimológicamente quiere decir "lugar de las flores", en lengua otomí se le conoce como *Döni*. Esta comunidad está conformada por 439 habitantes y pertenece al municipio de San Bartolo Tutotepec.

² Es mejor conocida localmente como Sierra Otomí-Tepehua. Está ubicada en la franja oriental y colinda con los estados de Puebla y Veracruz, principia en el valle de Tulancingo en la meseta de Metepec y se extiende hasta las colindancias con el estado de Veracruz y Puebla; la población indígena que concentra mayoritariamente es la otomí y en menor cantidad tepehuas.

Nos referimos al establecimiento de un control cultural como la capacidad de disponer de elementos culturales propios o ajenos con base en la decisión del uso que el grupo étnico le otorgue. Se ejerce y compone del “conjunto de niveles, mecanismos, formas e instancias de decisión sobre los elementos culturales en una sociedad [que] constituye un sistema global de relaciones...” (Bonfil, 1986) sujetas a mecanismos desiguales de correspondencia social.

Faena y fiesta colectiva en la escuela

Una constante en la organización comunitaria de las familias otomíes de Xuchitlán es la faena, que se refiere al trabajo colectivo obligatorio que cada miembro debe ejercer como una forma de lograr el buen mantenimiento del territorio comunitario³. Significa la equivalencia social e identitaria entre sus miembros, estructura equilibradamente las relaciones intercomunitarias y muestra al trabajo como un valor étnico de formación personal, por lo tanto quien niega su práctica es sancionado socialmente.

La faena figura también en los tiempos previos a las fiestas en donde adquiere un significado cultural más amplio. Hacer fiesta parte del sentido de organización que opera en la faena pero a diferencia de su carácter familiar rotativo durante el periodo anual, en la fiesta se efectúa colectivamente y con una clara división de roles por género. Una faena dimensionada a la ritualidad comunal a manera de trabajo colectivo; es decir, una *faena prefestiva-festiva* se opera en el sentido dirigido a hacer fiesta y es gracias a esta que la fiesta cobra magnificencia y colectividad. Para los otomíes de Xuchitlán las fiestas no sólo son, como bien afirma Millán (1993:43, citado en Heiras, 2010:27), ordenadores del tiempo, sino espacios y modelos de socialización que exteriorizan repertorios étnicos propios⁴ valorizados e instrumentados que marcan sus fronteras étnicas. Establecen vinculaciones de orden sagrado con las potencias o fuerzas divinas; a la vez que son un elemento diacrítico de la vida social otomí.

La escuela en el territorio otomí

La celebración de las fiestas acontece en un lugar estratégico, un sitio históricamente seleccionado por sus habitantes dentro del territorio étnico otomí al que se ha inscrito la

³ La faena es “general e igualitaria para todos los hogares de la comunidad, en términos de su aporte a la formación de la riqueza pública es regresivo en la medida en que todas las unidades entregan lo mismo con independencia de su solvencia o posición” (Warman, 2003: 235-236). Entre los otomíes de Xuchitlán los cotidianos aportes en forma de faena se suscriben a labores como *chapoleo* (se refiere al corte de hierbas y pastos mediante el dominio del machete) de caminos principales, acarreo de materiales de construcción, cuidado de la iglesia, aseo y manutención del centro de salud, aseo de las instalaciones escolares, remodelación de sus edificios y *chapoleo* de los alrededores. Cada labor se ejecuta de acuerdo a los roles sociales de cada género.

Actualmente existen los “pagos por faena” a través de la contratación de alguien para realizar el servicio, sucede comúnmente esta práctica entre los migrantes quienes envían el dinero necesario para realizarlas y de esta manera conserven ante los demás la adscripción social a la comunidad. Los niños suelen ocuparse constantemente en este trabajo remunerado.

⁴ Los elementos culturales propios son los que el grupo étnico admite como un “patrimonio cultural heredado de generaciones anteriores y los que produce, mantiene o transmite, según la naturaleza del elemento cultural considerado” (Bonfil, 1986).

institución escolar⁵. El territorio es la representación simbólica y nominativa del espacio, se construye a partir de su apropiación para adjudicarle un valor instrumental-funcional o simbólico-expresivo de acuerdo al tipo de relaciones de dominación, control y necesidad “en el que los actores sociales construyen y proyectan su concepción del mundo y donde se soportan las identidades colectivas e individuales (Giménez, 2010).

El centro escolar⁶ se asentó en un sitio de la territorialidad otomí donde se exhibe una importante gama religiosa y festiva, esta instauración marcó el inicio del contraste entre la representación de prácticas institucionales impuestas así como prácticas sociales culturalmente normadas, organizadas, simbolizadas y valoradas por el grupo étnico; además fue el punto de contraste entre dos sistemas de pensamiento y cosmovisión⁷. El establecimiento de la escuela en este sitio de condensación de significado cultural, identitario y de cristalización ritual es el escenario en donde actualmente ésta juega un papel importante en la formación escolar de los niños otomíes.

⁵ El origen de la instauración de la escuela en Xuchitlán puede verse desde un conducto histórico que se refiere a las condiciones de dominio jurídico, territorial y administrativo a las que estaban sujetas la mayoría de las localidades durante el siglo XVI bajo el control colonial; como las categorías *pueblo de indios* o al *pueblo cabecera* (Felipe, 2014). La conformación comunitaria de Xuchitlán seguramente finca sus antecedentes históricos como *pueblo sujeto o barrio dependiente* de alguna de estas entidades jurídicas. Dado este antecedente, el desarrollo de su configuración comunitaria en el siglo XX demandó el establecimiento de instituciones ajenas como la escuela, que la hicieran comunidad independiente en cierto grado y en ciertos ámbitos sociales lo cual daría pie a la demarcación y construcción de límites étnicos.

⁶ La escuela, en este sentido, actúa como un elemento cultural ajeno de la cultura propia. Los elementos culturales ajenos “...forman parte de la cultura que vive el grupo, pero que éste no ha producido ni reproducido. En situaciones de contacto interétnico, particularmente cuando las relaciones entre los grupos son asimétricas de dominación/sujeción...” (Bonfil, 1986)

⁷ El espacio escolar está orientado al oeste en oposición a la salida del sol desde es una cima donde se visualiza la composición comunitaria y la espesura serrana entre la neblina de las épocas frías y de intensa humedad. Es la parte más elevada de la comunidad que los otomíes seleccionaron para efectuar su calendario festivo.



Fiesta de Carnaval. Altar a los *Ancestros* dispuesto en el aula principal del centro escolar, Xuchitlán, 2015. Fotografía, Mónica Islas Flores.

Instaurado en un escenario ritual, el centro escolar se concibe ahora como parte de ese conjunto. Adquiere el carácter de sitio sagrado porque es en éste donde se rinde culto a los ancestros como parte representativa de la base mítica del grupo étnico, que orienta y equilibra su vida social comunitaria y extracomunitaria⁸. Las expresiones festivas del calendario otomí que se articulan al espacio escolar son la fiesta de San José y la celebración del Carnaval, éste último adquiere una relevancia fundamental pues su manifestación diurna y nocturna acontece tanto en la galera del patio principal como en salones de clases siendo uno de estos uno de los escenarios principales, pues tiene lugar la colocación del altar a las divinidades. Éste es ataviado de ramilletes⁹, flores y comida ritual¹⁰; que es a su vez la manifestación del microcosmos otomí, es el sitio donde se baila a las divinidades y “se da de comer”; es decir, donde colectivamente los asistentes participan del banquete festivo.

Apropiación étnica y control cultural del espacio escolar

La apropiación étnica del espacio escolar adquiere un valor instrumental y simbólico en tanto que, si bien, su modelo arquitectónico difiere del comunitario, los otomíes crearon

⁸ Es además sitio privilegiado para llevar a cabo las *Juntas de acuerdos*, para negociar asuntos con los mestizos y donde algunos alumnos aprovechan para jugar en el tiempo extraescolar.

⁹ Pequeños ramos elaborados con palmillas recolectadas en los montes.

¹⁰ Atole de maíz, mole acompañado de carne de aves de corral, tortillas y pan. Así como cervezas, agua gasificada de sabores y aguardiente (bebida embriagante producida localmente a base de caña de azúcar).

mecanismos de apropiación sobre el uso del espacio. El gran salón es el escenario del microcosmos, el portal de entrada a la escuela; como espacio mimético de los arcos de entrada al inframundo¹¹ e idóneo para colocar el *palo volador*¹², las estructuras de la cancha de básquetbol; para ejecutar el acto sacrificial de una gallina viva como elemento de ofrenda y la galera como el gran escenario para ejecutar tanto el baile de la *viejada*¹³ como el de los mayordomos¹⁴.

¹¹ Los otomíes construyen arcos con un bejuco que crece en los montes. Los colocan secuencialmente en la antesala del altar en las fiestas de San José, y las *Animitas*, dichos arcos representan la entrada al inframundo.

¹² En la entrada principal del centro escolar antiguo se coloca anualmente al palo volador en el que las principales figuras carnavalescas que representan a los ancestros (los *viejos*) y la gente que participa en la festividad recorren dancísticamente la órbita del “poste cósmico” (Jáuregui, 2013). El palo volador es un simboliza la fertilidad humana. Es resguardado en el centro escolar durante todo el año y se coloca de manera horizontal fuera del aula principal que alberga, durante el tiempo de carnaval, el altar a las deidades.

¹³ Se refiere al conjunto de hombres disfrazados de charros, mujeres, diablos, animales, campesinos, obreros, algunos ex-presidentes y políticos mexicanos, el pontífice de la Iglesia Católica Apostólica Romana, ancianos y del *viejo costal* principalmente; se les conoce como *viejos del carnaval*. Los *viejos* bailan, gritan, tocan pequeños tambores ajustados a su cadera, bromean y se mantienen al margen de los asistentes. Son la representación encarnada de las fuerzas del inframundo y los ancestros (Galinié, 1991), por ello la fiesta de carnaval está íntimamente asociada a la fiesta de *Todos Santos* que es la celebración anual a los muertos de quienes se espera su retorno al territorio habitado, convivir, comer con ellos pero a la vez mantener cuidado de sus energías del inframundo.

¹⁴ Los mayordomos son las principales figuras que organizan el Carnaval, se anuncian anualmente para ostentar el cargo y la responsabilidad de cubrir los gastos económicos de la fiesta así como de “llevar” y ataviar al “Señor de *Chalma*” que es el Santo del Carnaval. Los mayordomos son apoyados económicamente por los miembros de la comunidad a través de aportaciones económicas y trabajo voluntario.

Palo volador en el umbral de la escuela primaria Miguel Hidalgo y Costilla, Xuchitlán, 2015. Fotografía, Mónica Islas Flores.



La apropiación étnica adquiere un carácter simbólico al dotar al espacio escolar de un significado ritual otorgándole un sentido de valoración como sitio sagrado, como un territorio apropiado cultural y simbólicamente por el grupo étnico en tanto “lugar de inscripción de una historia o de una tradición”, “recinto sagrado” y “símbolo análogo a la comunidad o referente de la identidad de un grupo”, “repertorio de símbolos” y “patrimonio valorizado” (Giménez, 2010). Se convierte, durante el tiempo festivo, en una manera de “clasificar, cualificar y habitar el espacio, que sigue pautas y crea códigos transmisibles culturalmente” (Barabas, 2001), mismos que se integran al sistema de aprendizajes endoculturales.

Durante el tiempo diurno, los otomíes ofrendan comida, música, baile de viejos y atenciones a las divinidades mediante el cuidado del altar, cambio de alimentos, música “de costumbre”¹⁵ que interpreta el *trío*¹⁶ y una banda de viento¹⁷. Durante el tiempo nocturno los mayordomos custodian el altar mientras que en la galera se llevan a cabo los bailes festivos que encabezan varios *tríos* musicales. Las familias y miembros de las comunidades aledañas se dan cita en la escuela para involucrarse en el baile. En este espacio festivo los niños exteriorizan el lugar protagónico que poseen al interior de la comunidad, en la galera organizan un gran grupo que se dispone a participar del baile en parejas y generalmente son ellos quienes lo aperturan. Durante el tiempo diurno salen en grandes bandadas disfrazados de viejos, bailan y suenan sus tambores frente al altar con la formalidad que demanda la ejecución y el comportamiento del ser *viejo*; forman sus propias agrupaciones de vez en cuando mezclándose sutilmente con los adultos.



Los *viejos* bailando con música de Banda de viento en la galera escolar, Xuchitlán, 2015. Fotografía, Mónica Islas Flores

¹⁵ Género musical denominado así por los habitantes de la región otomí para identificar las piezas melódicas que acompañan los momentos devocionales de las festividades y los ritos de fertilidad a los que también denominan “costumbres”.

¹⁶ Se les denomina *tríos*, a la triada de músicos encargados de tocar la música tradicional de la región. La dotación instrumental consta de violín, jarana y huapanguera, actualmente, algunos *tríos* han incorporado un segundo violinista, sin que esto cambie su denominación local y significado musical.

¹⁷ La componen entre cinco y doce miembros que emplean una tambora, contratiempos, clarinetes, trompetas, tuba, saxofones y trombones.

Durante el festejo del carnaval la suspensión de clases libera a los alumnos del tiempo escolar, una semana de duración en la que las familias y los niños participan de un rito cuyos elementos de distinción, organización, comportamiento y configuraciones étnicas se vivencian simbólicamente durante los tiempos no rituales; los de la vida cotidiana doméstica, comunitaria y escolar. Por el contrario, el tiempo escolar sigue su curso durante la fiesta a San José, en donde las familias aguardan la llegada de los hijos para que se integren a la festividad. Éstos a su vez, esperan el momento de concluir las clases para dirigirse a la procesión del santo patrono que recorre *la carretera*; es decir, el camino principal de la comunidad ya que algunos de ellos deben ocuparse en cumplir con la función de sostener un gran estandarte que encabeza la caravana; los demás se incorporan a la gruesa fila detrás del santo. Por la noche nuevamente vuelven para encontrarse en el baile de los *tríos* en la galera de la escuela.

El baile, es un componente inherente a las festividades del calendario ritual de Xuchitlán que los otomíes han segmentado de un sistema articulado que les dota de identidad étnica y han seleccionado estratégicamente para crear a través de éste una apropiación conectiva con algunas actividades de orden escolar, como es el caso del fin de ciclo. A través del baile, la concepción de hacer fiesta se integra a la culminación del año escolar haciendo de esta una festividad que los otomíes han integrado a su calendario ritual¹⁸. De este modo tanto el espacio escolar como las formas de culminar un proceso que tiene que ver con el desarrollo de la vida otomí ha de festejarse y ritualizarse.

¹⁸ En toda la región otomí el término del ciclo escolar o clausura escolar, concluye su desarrollo con el baile nocturno a cargo de los *tríos*.

Los *viejos* en la galera escolar. Xuchitlán, 2015. Fotografía, Mónica Islas Flores.



El dato etnográfico nos demostró que el fin de ciclo escolar es para los sujetos que concluyen la educación primaria un rito de paso. Las niñas usan maquillaje y bailan con adultos a diferencia de los demás bailes, los niños visten como los jóvenes de la comunidad y tratan de comportarse como tales, ellos no bailan con alguien mucho menor que ellos.

Los otomíes generan una apropiación del fin de ciclo escolar, que como proceso ritual, marca desarrollos secuenciales de significación para sus actores. Las actividades previas al evento de clausura escolar que ha preparado la escuela, están representadas por el trabajo colectivo, por la faena que los padres de familia han de hacer para reforzar la vinculación comunitaria y para mantener las relaciones igualitarias frente a una entidad escolar que ofrece otras posibilidades de actuación extracomunitarias principalmente para el desplazamiento migrante. Por lo tanto, la apropiación surge desde el territorio hasta la concepción creada sobre los momentos que denotan cambios en la vida social otomí.

La apropiación étnica del espacio escolar que elaboran los miembros de este grupo indígena para exhibir sus límites étnicos y apropiarse de una entidad ajena se genera a través de una serie de relaciones de dominio y poder. Los otomíes deben participar de negociaciones con las autoridades escolares y las autoridades municipales para acceder al espacio escolar¹⁹

¹⁹ Las negociaciones deben formularse por escrito para formalizar el uso de las instalaciones escolares. Generalmente el proceso burocrático al que se someten los otomíes resulta con la aceptación del uso del edificio; sin embargo, han existido casos de la toma de la escuela sin autorización lo que ha generado desacuerdos con las autoridades municipales y escolares, de tal forma que éstas han optado por conceder el uso. Las primeras muestran flexibilidad porque

lo que acarrea, en algunas ocasiones, conflictos por la disputa del espacio. Sin embargo, las actividades rituales y la visión del mundo de los otomíes que concibe a su territorio como una unidad conformada por sitios y potencias sagradas, configuran prácticas organizativas como las festividades y la faena que al redimensionarse al espacio escolar están generando una negociación simbólica y tácita con las autoridades en medio del conflicto como una situación de dominio resultado de relaciones interétnicas desiguales (Cardoso, 2007) que la educación indígena o intercultural orilla dado el desconocimiento de las cosmovisiones indígenas.

Hacer faena para la escuela, es finalmente tanto una forma de apropiarse étnicamente del espacio escolar como una forma de generar vínculos para dar continuidad al equilibrio social comunitario, además se convierte en un acto recíproco ante las herramientas educativas, matemáticas, de lectoescritura y del idioma español principalmente, que la escuela proporciona.

Hacer fiesta y hacer faena son formas de buscar el equilibrio frente a esa otra entidad que representa los valores culturales de la sociedad nacional imaginada (Anderson, 1993) divergentes culturalmente de los valores étnicos propios²⁰. Hacer fiesta y hacer faena actúan como mecanismos de apropiación y generación del equilibrio cósmico otomí ya que se reconoce a la escuela como una entidad bidimensional sagrada y secular, ubicada en el espacio simbólico del inframundo que integra al mundo mestizo.

El carácter sacralizado que los otomíes le otorgan al espacio escolar por ser, en tiempos de hacer fiesta, la concentración del microcosmos, le confiere una identificación como *geosímbolo* en el territorio; es decir, “un lugar, un itinerario, una extensión o un accidente que por razones políticas, religiosas o culturales reviste a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que alimenta y conforta su identidad” (Bonnemaison, 1981: 256, citado en Giménez, 2009)

Estas apropiaciones culturales se generan como resultado de las dinámicas de inserción de la institución educativa en el *etnoterritorio*²¹ otomí. Los modelos escolares tanto

consideran que las autoridades escolares controlan los mecanismos de negociación. Estas, por su parte, condicionan el permiso y hacen de la negociación un serio conflicto que ha terminado en disputas verbales, pues advierten que la escuela no es de la gente sino de la Secretaría de Educación Pública, la respuesta de los otomíes es que les pertenece porque ellos la construyeron.

Como una forma de controlar la negociación, las autoridades solicitan de los otomíes mano de obra o material para mejorar las instalaciones de la escuela. La primera solicitud no resulta un lastre para ellos, pues como se ha mencionado, el trabajo familiar colectivo es una constante y una forma de regular la sociabilidad comunitaria; sin embargo, la segunda obtiene objeciones porque se trata de entregar dinero o comprar algo que generalmente excede las posibilidades de quienes radican ahí, pero no así para los migrantes.

²⁰ La escuela juega un papel paradójico ya que por un lado es un espacio de exclusión y estigmatización puesto que los dispone a modificar ideológicamente su conducta de acuerdo a lo que se dice y piensa de ellos, y por otro lado, oferta las herramientas para que analicen su situación y revaloren su cultura e identidad (Ramos, 1997). En el caso de los otomíes, dicha condición paradójica de la escuela genera una apropiación cultural a partir de otorgar continuidad a los elementos étnicos valorados inexistentes tanto en los esquemas curriculares como en las estructuras espaciales de la escuela.

²¹ Empleamos este concepto para referirnos al territorio otomí como una construcción simbólica y física del lugar habitado. Los *etnoterritorios* se configuran socialmente a través de un marco

arquitectónicos como educativos para las poblaciones indígenas se instauran con cierto desconocimiento de las cosmovisiones propias de los grupos y la concepción que otorgan al territorio en tanto componente de la identificación étnica propia, como “un espacio de inscripción de la memoria colectiva, como soporte material de la vida comunitaria y como referente simbólico de la identidad colectiva” (Giménez, 2009) pues funciona como “territorio sagrado”, es decir, como “un espacio de comunión con un conjunto de signos y valores” (Bonnemaison, 1981: 257, citado en Giménez, 2009).

Conclusión

Los actores sociales otomíes generan un centro de articulación con lo étnico y una lucha simbólica por el espacio-territorio escolar apropiado así como un recurso escolar resignificado y atribuido a través de símbolos étnicos como la fiesta y la faena por lo que sucede un proceso de apropiación étnica que es respuesta a las relaciones de fuerzas de control (la fuerza política e institucional dominante de la escuela a través del fin de ciclo escolar), y se instrumenta por los otomíes como un espacio de continuidad e identificación étnica.

El control cultural que los otomíes ejercen sobre el espacio escolar se manifiesta a través de la apropiación étnica. Mediante el ejercicio del control cultural toman la decisión del empleo de elementos ajenos haciéndolo propios mediante no sólo la decisión sino de la creación; como es el caso de la clausura escolar. La escuela, en este sentido, resulta no ya una entidad ajena sino estratégica y culturalmente apropiada en torno al conflicto y la negociación.

En el caso de los otomíes la escuela integra la participación familiar sólo a través del trabajo obligatorio como la faena, como un deber con la institución que si bien refuerza los lazos de coexistencia, sólo reafirma los límites de actuación de la comunidad para con la escuela y excluye los espacios de decisión e intervención sobre por ejemplo las dinámicas escolares y los aprendizajes. Tanto las lógicas organizacionales, significativas y estructurantes de la faena como de las experiencias festivas de los otomíes, sobre todo las de Carnaval, en las que los niños son agentes dinámicos, acaban por ser aprendizajes anónimos, extraños de la enseñanza y conocimiento escolar; paradójicamente ajenos en la educación indígena.

Aspectos de significación cultural étnica como éstos son algunos de los elementos que una educación intercultural indígena debe involucrar en un modelo educativo cercano y correspondiente con las realidades indígenas contemporáneas para no negar culturalmente a la diversidad cultural.

histórico, cultural, geográfico y con referencias de origen filial familiar y étnico como el “territorio histórico, cultural e identitario que cada grupo reconoce como propio, que en él no sólo se encuentra habitación, sustento y reproducción como grupo sino también oportunidad de reproducir cultura y prácticas sociales a través del tiempo” (Barabas, 2003)

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Barabas, Alicia (Coord.) *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas en México*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2003.

Bonfil, Guillermo. *La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos*. Publicado en Anuario Antropológico/86 (Editora Universidad de Brasilia/Tempo Brasileiro) 1988: 13-53 [PDF] www.ciesas.edu.mx/Publicaciones/Clasicos/articulos/TeoriadelControl.pdf

Cardoso de Oliveira, Roberto. *Etnicidad y estructura social*. Universidad Iberoamericana, A.C., México, 2007.

Felipe, Diego. *Pueblos de indios en la Sierra de Tutotepeque. Su división y separación en el siglo XVIII*. Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo, México, 2014.

Galinier, Jacques. *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Instituto Nacional Indigenista, México, 1990.

Gallardo, Patricia. *Vínculos sociales, conflictos y equilibrio entre los otomíes de San Bartolo Tutotepec*, Hidalgo. http://iberystyka.uw.edu.pl/pdf/Itinerarios/vol-11/01_Gallardo-Itin-2010-11.pdf

Giménez, Gilberto. *Identidades sociales*. Colección Intersecciones 17, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Mexiquense de Cultura, México, 2009.

_____. *Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas*. Alteridades, 11 (22), Año, 2001, pp. 5-14

Cuerpos rituales. Carnaval, días de muertos y costumbres tepehuas orientales. Tesis de maestría. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2010.

Ramos, José Luis. *La escuela como promotora de conflictos entre valores*. Sinéctica jul.dic/1997, pp. 1-7.

Warman, Arturo. *Los indios mexicanos en el umbral del milenio*. Fondo de Cultura Económica, México. 2003.